

Agua estancada y otras historias



Noventa páginas en edición de Arca, *Agua estancada y otras historias*,¹ de Carlos Liscano, está integrado por los cuentos “Pequeña historia policial”, “La otra lengua”, “Últimos minutos con el padre”, y la nouvelle “Agua estancada”.

En principio no parecería difícil explicitar el o los sentidos de estos textos narrativos por cuanto que su propio autor entrega mansamente al lector la génesis y aun la interpretación final de uno de ellos. Así, por ejemplo: “*Agua estancada* comenzó como el relato de esta desesperante situación que es enfrentarse a un semejante con el idioma como insalvable muro de por medio. De a poco fui ingresando en la historia hasta descubrir que no es el idioma, o no lo es fundamentalmente, lo que separa a la gente. Son los prejuicios y el miedo”.

Si esta clave no es simple ni desdeñable como para empezar a destejer la trama del mundo que plantea Liscano, es, digámoslo desde ya, demasiado inocente.

Será también inocencia querer establecer relaciones de intertextualidad o influencias entre la obra que comentamos y *Anestesia local*, de Günter Grass, por más que en ambas la situación narrativa se arme en torno a la relación odontólogo-paciente y por más que en ambas se haga mención del agua estancada como metáfora de vida.

El universo de Carlos Liscano es desde el punto de vista formal, más lineal, más ortodoxo en relación con las pautas del realismo, por mucho más desgarrado y lacerante que el del novelista alemán.

Esta idea de herida surge de los textos mismos que continuamente, oportunamente, detienen el flujo de la narración para hacer removedoras reflexiones sobre esta costosa tarea de vivir en la que estamos. “Hay un momento en el que uno sabe todo, todas las palabras, las promesas, los terrores. Uno entiende que ha nacido para ese momento, nomás. Que de dejarlo pasar uno ya no sería”. “Toda la vida he pensado que las grandes desdichas y los grandes sufrimientos son pasajes, umbrales que debemos atravesar”. “Mi vida era un mecanismo roto sin reparación posible. Yo

intentaba vivir pero había demasiados desperfectos, demasiadas cosas que no coordinaba en mi vida”.

La obra editada de Liscano, *El método y otros juguetes carcelarios, ¿Estará no más cargada de futuro?* hacen que no sea un secreto para nadie que su autor fue torturado y estuvo preso doce de sus cuarenta años de existencia.

Esa, llamémosle circunstancia, no es un tema ni una declaración constante de su literatura, pero es sin duda una vía de entrada a su mundo. Porque en ese universo que empezó a construir pacientemente escribiendo en hojillas de papel de fumar, se funda en una larga, densa, penetrante mirada reflexiva sobre la existencia. “La vida ha sido mirar por una ventana”, dice en “Pequeña historia policial”.

Desde esa “ventana” el escritor ha visto la institución autoritaria, trátese de institución carcelaria o la del ejército con todos sus engranajes de opresión, pero, lo que es más atroz, ha visto cómo el autoritarismo genera en el oprimido los mecanismos de adaptación al sometimiento. “Ahora estoy en la cárcel, acusado por la muerte de esa mujer. No me importa, Amanda se ha recuperado, no tengo necesidad de informar a mi otra mujer. Esto es mejor que mi casa, es como vivir en el ferrocarril toda la vida pero sin tener que elegir...”.

Desde la absoluta imposibilidad de elección, que obviamente significa la prisión, el escritor va estructurando obra tras obra toda una teoría sobre el *umbral* o *momento* en que se juega toda la vida. “Siempre hay que elegir aunque no se quiera”. “Uno siempre está solo al momento de decidir, pensó apoyando el índice en la ventana”. “El hombre de acción debería estar a cada instante diciendo, sí o no, matar o dejarse matar, sin paz, ni futuro, como una música interminable”.

Tomado de: Brecha. Montevideo, 15 de marzo de 1991.

A ese importante núcleo temático debemos incorporar lo que llamaríamos la gran metáfora de la tortura que desarrolla la nouvelle “Agua estancada”.

La relación dentista-paciente que naturalmente la encierra es para Günter Grass de “contagio psíquico”. En Liscano la relación torturado-torturador es una terrible alegoría que se despliega en múltiples variaciones que van desde la brutalidad física hasta la sutileza psicológica más inesperada. “Dos desesperados enfrentados por el destino, fuerzas mudas luchando sobre un sillón”.

Ahora en el destierro, sin barrotes, pero con barreras, el escritor tiene tiempo para seguir contemplando y analizando no la realidad, sino la internalización de esa realidad. Así, por ejemplo, la incomunicación por desconocimiento de la otra lengua, o la contaminación de la lengua materna por ese desdoblamiento inevitable que supone el vivir en suco y pensar en castellano. Nuestra literatura tendrá que abrir nuevos casilleros, nuevas estanterías, nuevas nomenclaturas (que don Alberto Zum Felde jamás pudo imaginar) para albergar obras de escritores como la del excelente poeta Alfredo Fressia que ya escribe en portugués o como las de Liscano y otros uruguayos radicados en Suecia que sufren el desgaste de la nueva cosmovisión.

No es casual que en “Pequeña historia policial” o en “Agua estancada” aparezcan los temas de “el doble” o de “el perseguido-perseguidor” y peligrosos desplazamientos por los pretiles de la locura. Un humor de mucho dolor es el que nutre esta literatura que a todos nos involucra.

Liscano dice: “Hace muchos años me empeñaba en no ser un raro. Ahora sé que ya no tiene sentido. Nada hay más raro que ser uruguayo y vivir en Suecia”. Y es raro el aire que rodea los cuentos que cuenta. Un hombre que vive durante años en ferrocarriles; una vieja que viene a reclamar la vida de un extranjero; una historia paterna que nunca se pudo entender; un ascensor compartido con un perro gigantesco y una mujer obscena; cada suceso sometido a interpretaciones múltiples o alternativas infinitas.

Agua estancada y otras historias es un excelente libro que remueve dolores viejos y plantea otros nuevos. Creo que está escrito para todos los que no quisimos ser raros. Es decir, para todos los que habiendo padecido la dictadura, sobrevivimos.

Notas

¹ *Agua estancada y otras historias*, de Carlos Liscano, Montevideo, Arca, 1991. Fue segundo premio de Narrativa Inédita 1990 del concurso organizado por la Intendencia Municipal de Montevideo.